

# Nuevo testimonio de dilema judío

Por Angel Rama

ESTE TAN ARDOROSO siglo XX custodia más de una dolorosa memoria poetas y novelistas oficiando como los adcos de antaño. Han sentido el sufrimiento del campo de concentración; han tratado de acudír la intra-historia para alcanzar el significado ulterior de estos estranos movimientos de pueblos en

UNA de esas gestas, y de las más dolorosas, ha sido el pueblo judío, con dos tramos que han venido a quedar unidos: la atrocidad del nazismo y la creación de un estado propio en Palestina. Tanto uno como otro concitaron una abundante literatura polémica que examinó desde variados ángulos sus problemáticas. Las relaciones del judaísmo con el mundo occidental a lo largo de los siglos y en la contemporaneidad se han explorado en numerosos libros que admiten posiciones muy distintas; bastaría citar los de Sartre, las aperturas de una judía convers, James Weil, y desde luego, el pensamiento de Martin Buber.

Justo a este material crítico los novelistas han tratado de identificarse con el sufrimiento real de un pueblo y con los esfuerzos de superación de sus contradicciones internas. Tres ejemplos nos muestran la viva intensidad del asunto en la tetralogía escrita por André Schwarz-Bart con el último título, Leon Urias con *Exodus* y el de O. Del primer al último libro de la serie recorremos un largo trecho: mientras Schwarz-Bart contempla, desde el espectáculo del horno crematorio, el pasado del pueblo judío, Axelrad, analizando la realidad del ghetto de Varsovia progresivamente destruido, mira hacia el futuro donde se identifica pueblo y estado libre. No se trata de actitudes personales; ellas representan dos fuerzas encontradas que siguen debatiéndose, —incluso en el estado de Israel,— dentro de un pueblo que concenó en la raza y en la religión las fuerzas necesarias para resistir durante siglos sin desintegrarse y que ahora se enfrenta a la nueva experiencia espiritual de la nacionalidad. Los tres libros citados también pueden ordenarse por los momentos de la gesta que representan: El último libro explica por la historia y la religión la persecución al judaísmo; El segundo describe el lento proceso del exterminio mostrando las espantosas fuerzas que dentro del judaísmo nacionalista de distinto modo; *Exodus* apunta el camino hacia la "nueva prometeda".

Narrativamente la mejor obra es la de Axelrad. Por muchos motivos un excelente ejemplo del realismo seco, de la conexión expresiva del arte contemporáneo. Sólo su apariencia de realismo en el estilo directo y sencillo objetivo de las crónicas periodísticas que abundan actualmente, puede disimular el rigor artístico con que la obra está tramada. El testimonio de Axelrad no se reclama de la realidad histórica, y visiblemente trata de disimular el aire de crónica que su tema trae consigo; aunque se ha inspirado en los sucesos del ghetto de Varsovia y en su insurrección primera de 1942, sólo concen en una ciudad llamada Lewski sin ninguna nacionalidad pre-

cis, de la que sólo se sabe que está situada en el corazón de Europa; una anotación consabida sirve de sarcástico epígrafe: "Tanto los personajes de esta novela como los lugares en que ocurre son completamente ficticios. Toda semejanza..."

Partiendo de la realidad concreta Axelrad ha procurado elevarse a un plano artístico, es decir, a rigurosas coordinadas estéticas que a su vez le sirven de malla de sostén para explicar su entendimiento del mundo judío. De tal modo que esta novela, que ha de contar los años que se destruyó paso a paso un ghetto, se presenta como un tipo "huis clos" donde, como en el teatro, una ley de economía permite que el mundo del orden y la destrucción esté a cargo de los propios condenados. El horror que evoca Axelrad no tiene la calidad del purgatorio; él tiene el carácter de su emotividad epidémica; en cambio está mucho más cerca de las vivencias humanas —universales— comulgas por la técnica de exploración realista de una situación. Es el horror de los hombres enterrados en un ghetto con literatos que se exploran desde hace siglos sobre el modelo establecido por Dante, pero que recién en nuestra época han asumido su plena vigencia. El planteamiento de este tema se tipificó en el canto XXXIII del infierno con la historia de Ugolino y sus hijos encerrados en la torre del Hambre y es un planteamiento destinado a la elucidación de la conciencia moral del hombre, un verdadero *temi* como el del manicomio que inventó Rousseau. Cuando los hombres son llevados al límite de su resistencia, cuando sus propias vidas se ponen en juego y es necesario el sacrificio de conservación barajan los naipes, cuánto resisten los principios éticos que hacen la "humanidad" de los hombres? No me sea contemporánea: responde a la extremación tensa del mundo actual, responde a la historia de la realidad según obra la propia naturaleza.

En el ghetto de Lewski —un cuarto de millón de habitantes— los nazis ponen en manos de los judíos, mediante un Consejo de Notables, la tarea de entregar la cuota semanal, luego cotidiana, de hombres y mujeres que serán conducidos a un campo de concentración, en realidad al "campo de pasadas", a la monstruosa carnicería donde son gaseados miles de hombres simultáneamente. Es no es reconocido que los nazis son sabido y no creído por muchos; es sabido y creído por otros. Los nazis se proponen tener en sus manos a los judíos en un año, lapso que se retrasará por alteraciones de su política, por el retraso en la construcción de los hornos crematorios. La historia de ese proceso, contada desde el interior del ghetto, es alucinante. A ello contribuye la seca enunciación de la oron narrativa de Axelrad que no se aparta de la enumeración de la vida menuda, de los centenares de tratos con que se busca sobrevivir, de la pasividad de la industria del hombre para adaptarse a las más crueles circunstancias y guardar incólume su esperanza, de la eterna continuidad de la vida —mientras cinco mil hombres parten cada dos días para la muerte se construye una maternidad subterránea, violando la prohibición de tener hijos—.

Fero simultáneamente Axelrad pone al descubierto otros apetitos: la sed de poder, el afán de lucro, el deseo de sobrevivir. Reiterando una sugerencia observa que había trabajado Simón de Beauvoir en "Las cosas inútiles, el espectáculo del Judenrat que

debe establecer día a día la lista de los mil o dos mil "hombres inútiles" remitidos a la muerte. Como confiesa Bielik, el problema es que algunos, aunque sean unos pocos miles, sobrevivan, acechando el desmoronamiento del nazismo, y para ello no se vacila en colaborar con la maquinaria de guerra nazi mediante las industrias de los campos de trabajo forzados. No sólo estos apetitos se ponen al descubierto al crearse la tensión del ghetto; también entran a un replanteo urgente cosas mayores que hasta ese momento justificaron el vivir humano: la moral, la esperanza mesiánica, incluso algunos conjuntos religiosos. En el ghetto comienzan a reventar: contra la política de la sumisión, la de la lucha abierta, aunque pareciera resultar suicida; contra la esperanza mesiánica, la búsqueda de un estado libre; contra la confianza dolorida en los designios del dios, la lucha política de carácter extremista.

Cuando comentábamos aquí mismo el libro de Schwarz-Bart apuntábamos que lo más sobrecogedor de su testimonio era el deliberado bloqueo de toda otra salida que no fuera la del milagro por obra de la divinidad, una definitiva especie de "juicio final", apoteosis y extinción, como el que podía concebir este sumiso creyente, lector admirativo de Dostoievski. En su libro no se hablaba del sionismo, como en cambio se habla en el libro de Axelrad, ni se conocía, como en éste, el funcionamiento de partidos y un rabino a quien se obliga a danzar en torno a la hoguera que consume los libros de la Ley y que será baleado cuando se descubra que mientras danza está orando; pero además pinta la minuciosa organización de las distintas organizaciones juveniles que construyen el laberinto subterráneo del ghetto de Lewski y se arman para la resistencia, que no quieren ser más el corcero del sacrificio y que pretienen morir matando.

Los dos tramos de esta gesta han venido a quedar unidos: persecución y creación de un estado moderno socializado. El libro de Axelrad permite explicar, por el testimonio revelador de la experiencia del encierro y de la desgarrante tensión a que en él son sometidos los hombres, cómo se ha generado este mito. En Lewski las soluciones de los viejos se oponen a las de los jóvenes, y estos entran, incluso a través de la experiencia de la maternidad del encierro, y desde luego por la de la praxis, a las formas del estado moderno, a la estructuración de las sociedades contemporáneas. "Tórrase diría que se equivocaron cuando se alejan insensiblemente de las rígidas imposiciones religiosas. Ellos podrían contestar que son los hijos del "huis clos" y que han elegido la sobrevivencia, la mera vida, el mundo. En ese sentido la admiración de Jean Duvignaud por este libro es explicable. Pero sería difícil que esta afirmación sirviera para abarcar el pensamiento íntegro del autor. El se ajena del mundo que describe; abre el libro con una transcripción de Paul Valéry que resulta un sarcástico subrayado de los errores intelectuales. Dice en efecto Valéry: "Que la idea encuentre a su hombre, que este hombre encuentre el medio y el instante propicio, y habrá grandes actos, grandes obras" (Por ejemplo, el nazismo, Hitler, Alemania). Pero además, cuando nada queda del ghetto calcinado, cuando los últimos que parten a la muerte ya lo olvidan, anotará simplemente: "Porque todo es vanidad".

Aun así, su libro es el testimonio más lucido que conocemos sobre el dilema histórico de un pueblo, y es, además, una apasionante novela.

(1) Edouard Axelrad: *ES UN ESTADO*. Santiago de Chile, Editorial del Nuevo Sur, 1962, 202 pp. Trad. de María Repl. Ojeda de Monse.